las mismas tentativas, y á menudo las mismas formas y las mismas palabras. ¡Estraño espectáculo! la república se teme á sí misma y querria transformarse, y no sabe mas que copiarse.

¿Cuánto tiempo durará aun la prueba, para acertar ó para fracasar? Nadie lo sabe; pero hasta ahora tiene evidentemente derecho á temer que sus intereses supremos, la paz social y la libertad política, sean puestos ó dejados en inmenso peligro por la república democrática.

CAPITULO IV.

DE LA REPUBLICA SOCIAL.

La república social promete resolver el problema.

"Todos los sistemas, dice, todos los gobiernos han sido ensayados y reconocidos imponentes. Solo mis ideas son nuevas y no se han puesto aun á prueba. Mi dia es llegado."

Las ideas de la república social no son nuevas. El mundo las conoce desde que existe; las ha visto surgir en medio de todas las grandes crísis morales y sociales, en Oriente como en Occidente, en la antigüedad como en los tiempos modernos. Los siglos II y III en Africa y especialmente en Egipto, durante la propagacion del cristianismo, la edad media en su fermentacion confusa y borrascosa, el siglo XVI,

en Alemania, en las cortes de la reforma religiosa, el siglo XVII, en Inglaterra, en medio de la revolucion política, han tenido sus socialistas y sus comunistas, que discurrian, hablaban y obraban como los de nuestros dias. Esta es una faz de la humanidad que aparece, en su historia, en todas esas épocas en que, por la ebullicion universal, todas las cosas son empujadas hácia la superficie y admitidas á mostrarse.

Verdad es que, hasta ahora, esas ideas no se habian producido sino en una pequeña escala, oscura y vergonzosamente, y que habian sido rechazadas tan luego como se traslucian. Hoy se presentan atrevidamente en el escenario, y se despliegan con todas sus pretensiones ante todo el público. Que esto suceda por efecto de su propia fuerza, ó por falta del mismo público, ó por causas inherentes al estado actual de la sociedad, poco importa: puesto que la república social habla alto, es preciso que sea mirada de cerca é interrogada á fondo.

Yo querria evitar todos los rodeos, separar todos los velos é ir en derechura al corazon del ídolo. Esto se puede, porque así como todos los esfuerzos de la república social se encaminan á un mismo fin, así tambien todas sus ideas parten de una idea fundamental que las entraña y engendra todas.

Esta idea fundamental se muestra, ó se oculta, en el lenguage de todos los gefes de la república social, aunque no todos convienen, y aun muchos creen que no creen en ella. M. Proudhon

me parece, entre todos, el que sabe mejor lo que piensa y lo que quiere, el espíritu mas firme y consecuente en sus detestables sueños.

Sin embargo, no es tan firme ni tan consecuente como parece, y probablemente como él cree serlo; pues no ha dicho, y dudo que haya visto hasta donde va su idea. Héla aquí en su desnudez y su rigor:

Todos los hombres tienen derecho, el mismo derecho, un derecho igual á la felicidad.

La felicidad es el goce, sin mas límites que la necesidad y la facultad, de todos los bienes existentes ó posibles en este mundo, sea de los bienes naturales y primitivos que encierra el mundo, sea de los progresivamente creados por la inteligencia y el trabajo del hombre.

Algunos, la mayor parte de estos bienes, los mas esenciales y los mas fecundos, han llegado á ser el goce esclusivo de ciertos hombres, de ciertas familias y de ciertas clases.

Esa es la consecuencia inevitable de que esos bienes ó los médios de procurárselos sean propiedad especial y perpétua de ciertos hombres, de ciertas familias, de ciertas clases.

Semejante confiscacion, en provecho de algunos, de una parte del tesoro humano es esencialmente contraria al derecho: al derecho de los hombres de la misma generacion que deberian todos gozar de él; y al derecho de las generaciones sucesivas, porque cada una de éstas, á medida que entran en la vida, debe hallar los bienes de la vida igualmente accesibles, y gozar de ellos á su vez como sus predecesores.

Luego es preciso destruir la apropiacion especial y perpétua de los bienes que dan la felicidad, y de los medios de procurarse esos bienes, para asegurar su goce universal y su reparticion igual entre todos los hombres y entre todas las generaciones de hombres.

¿Cómo abolir la propiedad? ¿Cómo transformarla, al menos, de manera que, en sus efectos sociales y permanentes, esté como abolida?

Aquí los gefes de la república social difieren mucho entre sí. Unos recomiendan medios lentos y suaves; otros claman por medios prontos y decisivos; unos han recurrido á medios políticos: por ejemplo, á cierta organizacion de la vida y del trabajo en comun; otros se esfuerzan en inventar medios económicos y rentísticos: por ejemplo, cierto conjunto de medidas destinadas á destruir poco á poco la renta neta de la propiedad, sea tierra ó capital, y á hacer de ese modo inútil é ilusoria la misma propiedad; pero todos estos medios parten de un mismo designio y tienden almismo efecto: la abolicion ó anulacion de la propiedad individual, doméstica y hereditaria, y de las instituciones sociales y políticas que tienen por fundamento la propiedad individual, doméstica y hereditaria.

A través de la diversidad, de la indecision y de las contradicciones de las ideas que circulan en la república social, ese es el orígen y el término, el *alfa* y *omega* de todas esas ideas; tal es el objeto que se busca y que se lisongean de alcanzar.

Hé aquí lo que olvidan M. Proudhon y sus amigos: El hombre, no es solamente á los seres individuales á quienes se llama los hombres; es al género humano, que tiene una vida de conjunto, y un destino general y progresivo: carácter distintivo de la criatura humana sola en el seno de la creacion.

¿En qué consiste ese carácter? En que los individuos humanos no están aislados ni limitados así mismos, y al punto que ocupan en el espacio y en el tiempo. Están ligados entre sí, y obran unos sobre otros por lazos y medios que no tienen necesidad de su presencia personal, y que les sobreviven, de manera que las generaciones sucesivas de los hombres están ligadas entre sí y se encadenan sucediéndose.

La unidad permanente que se establece y el desarrollo progresivo que se opera por esa tradicion incesante de los hombres á los hombres y de las generaciones á las generaciones, es el género humano; es su originalidad y su grandeza; es uno de los rasgos que señalan al hombre para la soberanía en este mundo y para la inmortalidad mas allá de este mundo.

De ahí es de donde se deriban y por lo que se fundan la familia y el Estado, la propiedad y la herencia, la patria, la historia, la gloria, todos los hechos y todos los sentimientos que constituyen la vida estensa y perpétua de la humanidad en medio de la aparicion tan limitada y de la desaparicion tan rápida de los individuos humanos.

La república social suprime todo esto, y no ve en los hombres mas que séres aislados y efimeros que no parecen en la vida y en esta tierra teatro de la vida, mas que para tomar en ella su subsistencia y sus placeres, cada uno por su cuenta sola, con el mismo título y sin otro fin.

Esa es precisamente la condicion de los animales. Entre éstos no hay ningun vínculo, ninguna accion que sobreviva á los individuos y se estienda á todos; ninguna apropiacion permanente, ninguna transmicion hereditaria, ningun conjunto ni progreso en la vida de la especie; nada mas que individuos que aparecen y pasan tomando de paso su parte de los bienes de la tierra y de los placeres de la vida dentro de los límites de su necesidad y de su fuerza que hacen su derecho.

Así, para asegurar á todos los individuos humanos la reparticion igual é incesantemente móvil de los bienes y de los placeres de la vida, la república social hace descender los hombres al rango de los animales: quiere abolir el género humano.

Aun quiere abolir mas.

El hombre tiene un instinto imperecedero de que Dios preside á su destino y de que éste no se cumple todo en este mundo. Natural y universalmente, sobre él y mas allá de esta vida, el hombre ve á Dios y le invoca, como sostén en el presente y como esperanza en el porvenir.

Para los doctores de la república social, Dios es un poder desconocido, imaginario, sobre quien los poderes civiles y reales, las potencias de la

tierra, se descargan de su propia responsabilidad en el destino de los hombres. Dirigiendo así hácia otro dueño y hácia otra vida las miradas de los que sufren, los disponen á resignarse con sus padecimientos, y se aseguran para ellas mismas la conservacion de sus usurpaciones. Dios es el mal, porque es el nombre que hace que los hombres acepten el mal. Para desterrar el mal de la tierra, es preciso desterrar á Dios del espíritu humano; entonces los hombres, solos en presencia de sus dueños terrestres, y reducidos á la vida terrestre, querrán absolutamente los goces de esta vida y la reparticion igual de esos goces; y desde que aquellos á quienes faltan los quieran realmente, los tendrán porque son los mas fuertes.

Así, desaparecen juntos Dios y el género humano; y en su lugar quedan animales á quienes se llama aun hombres, mas inteligentes y mas poderosos que los otros animales, pero de la misma condicion, y con el mismo destino, y tomando, como ellos, al paso su parte de los bienes de la tierra y de los placeres de la vida, dentro de los límites de su necesidad y de su fuerza que hacen su derecho.

He ahí la filosofia de la república social, y por consiguiente la base de su política. He ahí de donde emana y á donde conduce.

Haria una injuria, si insistiese, á la sensatez y al honor humano. Basta mostrar. Esa es la degradacion del hombre y la destruccion de la sociedad, no solamente de nuestra sociedad actual sino de toda sociedad humana; porque toda sociedad descansa sobre los cimientos que destruye la república social. No se trata de una invasion del edificio social por recien venidos, bárbaros ó no, sino de la ruina de este edificio. Que M. Proudhon, si dispusiese como dueño de la sociedad actual y de todos los bienes que ella encierra, cambiara á su antojo su distribucion y sus poseedores, seria mucha iniquidad y mucho sufrimiento, mas no seria la misma muerte de la sociedad; empero, si pretendiese dar por leyes á la sociedad nueva las ideas que él asesta como máquinas de guerra contra la sociedad de hoy, la sociedad nueva pereceria infaliblemente. En lugar de un Estado y de un pueblo, no habria ya mas que un cáos de hombres sin vínculos y sin reposo, y para salir de ese cáos, seria absolutamente preciso salir, á fuerza de inconsecuencias, de las ideas de la república social y entrar de nuevo en las condiciones naturales del órden social.

La república social es odiosa á la par que imposible: es la mas absurda y al mismo tiempo la mas perversa de las quimeras.

Pero que no nos tranquilice esto, puesto que no hay nada mas peligroso que lo que es al mismo tiempo fuerte é imposible. La república social tiene fuerza, ¿y cómo no habia de tenerla? Usando con ardor de todas las libertades públicas, esparce y propaga sin descanso en las clases mas numerosas de la sociedad sus ideas y sus promesas; halla poblaciones faciles de engañar

y de exaltar; les ofrece derechos para el servicio de sus intereses, y evoca sus pasiones en nombre de la justicia y de la verdad; porque, seria pueril el desconocerlo, las ideas de la república social tienen, para muchos espíritus, el carácter y el imperio de la verdad. En cuestiones tan complejas y tan vivas, el menor resplandor de la verdad basta para deslumbrar la vista é inflamar el corazon de los hombres, quienes escojen y adoptan al punto y con trasporte los errores mas groseros y mas fatales; enciéndese el fanatismo al mismo tiempo que se despliega el egoismo; las adhesiones sinceras se asocian á las pasiones brutales, y en la fermentacion sensible que entonces estalla, es el mal el que domina: el bien que se le mezcla no hace mas que servir de velo y de instrumento al mal.

No tenemos derecho á quejarnos, puesto que somos nosotros mismos quienes alimentamos incesantemente el foco del incendio; quienes prestamos á la república social su principal fuerza. El cáos de nuestras ideas y de nuestras costumbres políticas, este cáos oculto, ora bajo la palabra *democracia*, ora bajo la palabra *igualdad*, ora bajo la palabra *pueblo*, le abre todas las puertas, y abate ante ella todos los baluartes de la sociedad. Se dice que la democracia es todo; y los hombres de la república social responden: "La democracia somos nosotros." Se proclama confusamente la igualdad absoluta de los derechos, y el derecho soberano del número; los hombres de la república social se presentan y dicen:

"Contadnos." La perpetua confusion, en nuestra propia política, en nuestras ideas y en nuestro lenguaje, de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo posible y de lo quimérico, es la que nos enerva para la defensa, la que da á la república social, para el ataque, una confianza, una arrogancia y un crédito que de ningun modo poseeria por sí misma.

Disípese esa confusion; entremos al fin en esa época de madurez en que los pueblos libres ven las cosas como son en realidad, asignan á los diversos elementos de la sociedad su justa medida, á las palabras su verdadero sentido y arreglan sus ideas, como sus negocios, con esa templanza firme que aparta todos los caprichos, admite todas las necesidades, respeta todos los derechos, trata con miramiento todos los intereses, y reprime todas las usurpaciones, las de abajo como las de arriba, las del fanatismo como las del egoismo. Cuando eso hayamos hecho, la república social no desaparecerá; no habremos suprimido sus esfuerzos y peligros, porque saca su ambicion y su fuerza de fuentes que nadie puede agotar; empero, dominada por las fuerzas de conjunto y de órden de la sociedad, será incesantemente combatida y vencida en lo que tiene de absurdo y perverso, sin dejar de tomar progresivamente su puesto y su parte en ese inmenso y temible desarrollo de toda la humanidad que se está consumando en nuestros dias.